De los amigos y la amistad en la filosofía popular española

ISABEL DE TORRES RAMÍREZ
Universidad de Granada

Ante un auditorio tan cualificado, quiero manifestar paladinamente que yo no soy en modo alguno una especialista en Paremiología, sino más bien una apasionada de la filosofía popular, a la que su afición por los refranes ha llevado en varias ocasiones a tomarlos como punto de partida para elaborar reflexiones diversas[1].

Siempre que me he servido del refranero español como material inicial para un trabajo, he utilizado la misma metodología de análisis y redacción: tratar de ver qué discurso puede elaborarse sobre el tema elegido en cada caso sin más que yuxtaponer adecuadamente los refranes seleccionados. De esta tarea de artesanía han nacido varios artículos y alguna conferencia que, incluso, ha visto la luz impresa. La fuente a partir de la que he recopilado en todas las ocasiones las máximas objeto de reflexión ha sido el conocido repertorio de Luis Martínez Kleiser, *Refranero general ideológico español* (1953=1989[3]), donde se recogen ordenados por campos ideológicos nada menos que 65.083 adagios españoles.

En este *Congreso* abordaré un tema muy querido y ampliamente tratado por los clásicos antiguos y modernos: "la amistad y los amigos". Recordemos que Platón, Aristóteles, Epicuro, Cicerón, Agustín de Hipona, Montaigne, Voltaire, Laín Entralgo, entre otros, le han dedicado páginas memorables[2].

A pesar de que los tiempos que corren no parecen muy propicios para el cultivo de la amistad, también en nuestros días se ha escrito sobre lo que Alberoni (1985) llama «uno de los más antiguos vínculos humanos». En España, se han ocupado con alguna extensión del tema, entre otros, Pedro Laín Entralgo (1972) y Julián Marías (1993). No podía ser de otro modo, puesto que «La amistad existía en la época de Confucio y existe hoy. No hay motivo alguno para pensar que pueda desaparecer en el futuro» (Alberoni, 1985: 176). Veamos cómo se refleja este "mágico sentimiento" y su cristalización concreta, el/los amigo(s) en nuestro refranero.

En el repertorio que nos sirve de punto de partida, hay recogidas 650 máximas (2.889-3.539), bajo el epígrafe «amistad» (Martínez Kleiser, 1953=1989[3]: 32-39). Un total de veinte subcampos se engloban bajo tal campo ideológico, constituyendo un elenco abundante y prácticamente estructurado

---

[1] Citaré las dos que me parecen más significativas: «En torno al refranero: la mujer en la sabiduría del pueblo» (*Crítica y ficción literaria: mujeres españolas contemporáneas*. Granada: Universidad, 1989, pp. 105-130); «Sobre el libro y sus funciones desde la filosofía popular» (*Miscelánea a Luis García Ejarque*. Madrid: FESABID, 1993, pp. 59-67).

[2] No quiero abusar de notas. Recordaré tan sólo los títulos en los que los autores mencionados trataron la cuestión. Platón: «Lisis o sobre la amistad», *Diálogos*; Aristóteles: *Ética a Nicómaco*; Epicuro: *Opere*; Cicerón: *Laelius. De amicitia*; Agustín de Hipona: *De diversis questionibus*; Montaigne: «De la amitié», *Essais*; Voltaire: «Amitié», *Dictionnaire philosophique*; Laín: *Sobre la amistad*.

para empezar a bucear en él. No voy a seguir, sin embargo, su sugerencia en lo que al orden de la presentación temática se refiere.

Lo primero que nos llama la atención de este material es que, pese a los términos usados en los encabezamientos, los refranes apenas tratan de la amistad en abstracto sino de los amigos y es lógico que así sea, teniendo en cuenta que "en los talleres del pueblo fueron elaborados los refranes" (Martínez Kleiser, 1953=1989[3]: IX) y por eso en ellos se practica de manera particular el culto a lo concreto, sin que esto quiera decir que, a veces, no superen en profundidad a los dichos de los grandes filósofos, a quienes frecuentemente parafrasean o simplemente reproducen (Cfr. Aróstegui, 1994: 16). En mi estudio, pasaré, indistintamente, de la amistad a los amigos, como hace nuestra fiosofía popular. Precisamente no he encontrado refrán alguno que nos defina la amistad, a la que Cicerón, por boca de Laelius describe como «un sentimiento de afecto y benevolencia, un acuerdo perfecto en lo divino y lo humano, lo mejor que, a excepción de la sabiduría, se ha concedido a los hombres» (y a las mujeres, supongo). Esta alta valoración de la amistad, no obstante, se certifica ampliamente en el refranero donde se apunta que: *Quien tiene un amigo, tiene un tesoro*; *Aquéllos son ricos que tienen amigos*; *Pobre que tiene amigos, llámese rico.*

Si no es posible hallar una definición sintética de la amistad —aunque podamos encontrar descritos rasgos que la caracterizan—, sí podemos aislar refranes en los que se formula qué es un amigo, muy acordes, por cierto, con las expresiones acuñadas por la filosofía clásica, donde se habla de un *alter ego*, un *alter idem* o, incluso, de un *dimidium animae meae*, es decir, "la otra mitad de mi alma". Por ejemplo: *El buen amigo es otro yo*, *El buen amigo es mitad del alma de su amigo*, *Allí hay verdadera amistad do hay dos cuerpos y una voluntad*, *El buen amigo, espejo es en que me miro.*

Me parece interesante resaltar que esta formulación paremiológica no sólo coincide con los clásicos griegos y romanos, sino que podemos rastrearla igualmente en algunos escritores de nuestro Siglo de Oro. Por ejemplo, en Baltasar Gracián y en Mateo Alemán, quienes en sus obras maestras, *El Criticón* y *La Vida del Pícaro Guzmán de Alfarache*, respectivamente, se expresan en relación con el amigo de un modo muy similar al que acabamos de referirnos, no sabemos si siguiendo a los clásicos o al Refranero[3]. Dice Gracián: «Un otro yo, que lo es un amigo verdadero». Y Mateo Alemán: «Hanse de avenir los dos como cada uno consigo mismo, por ser otro yo, mi amigo»[4].

La amistad es una forma de amor entre personas, que se diferencia de otros sentimientos que también pueden experimentarse interpersonalmente. El refranero distingue un amigo de un pariente, afirmando la primacía del primero: *Más vale buen amigo que pariente ni primo*; *Lo que ni tu hermano hará contigo, lo hará un amigo*; *Más vale un buen amigo, que diez cuñados o primos*, sobre todo si están cerca: *Más vale un amigo que mil parientes, ellos lejos y él presente*; aunque, contradiciéndose[5], asegure igualmente que *Más vale gota de sangre, que cuarto de amistad.* Distingue, asimismo, un amigo de un conocido: *Los más de los amigos, no son sino conocidos*, y subraya la dificultad de tener amigos frente a la relativa facilidad para allegar conocidos: *Muchos son los conocidos y pocos los amigos*, aunque en ocasiones, de nuevo contradiciéndose, sentencie: *Espera más del conocido que del amigo.*

El amigo verdadero está presente en toda circunstancia: *El buen amigo, en bien y en mal está contigo*; *No tengas amistad con persona que si te ve en peligro te abandona.* Pero, así como la buena fuente se prueba en la sequía, la piedra de toque de la amistad es la adversidad: *El amigo leal, más que en el bien, te acompaña en el mal*; *El buen amigo se prueba en la adversidad y en el*

---

[3] No se me escapa que se expresa en esta formulación una disyuntiva aparente, ya que muchos de los refranes, sobre todo los que Antonio Aróstegui (1994: 16-17) llama «refranes exógenos», reflejan ideas expresadas anteriormente por pensadores, entre los que, sin duda alguna, hay que incluir a los clásicos.

[4] Citado por Milagros Arizmendi (1994:43).

[5] Véase lo que sobre contradicciones y errores del refranero dice Antonio Aróstegui (1994: 20-22).

peligro; *En los males se conocen a los amigos leales; que en los bienes, muchos amigos tienes*, ya lo dice la canción: «Pocos amigos que son de verdad, los que te alaban si triunfando estás,...».

Dos situaciones especialmente privilegiadas para poner a prueba a los amigos son la enfermedad y la cárcel: *En prisión y enfermedad, se conoce la amistad*; *En la cama y en la cárcel se conoce al amigo; no entre jarros de vino*. Evidentemente, la amistad hay que cultivarla en todas las etapas de la vida, pero existe un momento privilegiado para que surja: *Las firmes amistades se hacen en las mocedades* y, además, aunque los amigos sean para cuando se necesitan —*Los amigos y los doblones son para las ocasiones*— no pueden tenerse amigos sólo para los momentos en que necesitamos apoyo, pues *Quien no buscó amigos en la alegría, en la desgracia no los pida*.

La amistad se da entre iguales: *La amistad entre iguales es la que más vale*; *Amigo y compadre, búscalo entre tus iguales*. De aquí que el cambio de fortuna de un amigo con respecto al otro pueda hacer que desaparezca la amistad entre ambos: *Si bajas tú o si suben ellos, los amigos has de perdellos*. De aquí también que, aunque parezca lo contrario, no hay que dejarse llevar por espejismos en la amistad que no parte de la igualdad: *En amistad de señor, sol de invierno y palabra de mujer, confianza no debes poner*; *Entre amigos desiguales no hay franca correspondencia, sino mando y dependencia*; *Entre desiguales, no hay verdaderas amistades*.

Mientras que la fraternidad supone la aceptación del hermano, a los amigos se les elige: *El amigo escogido, el hermano como es venido*, y se debe ser cauto en tal elección: *Toma amigo fiel y secreto, si eres discreto*. La amistad está por encima de los años (*La amistad no tiene edad*); supera las distancias (*Del amigo ausente como si fuera presente*); exige respeto y franqueza (*Al amigo y al caballo, no apretallo*; *Amistad, pero sin mucha familiaridad*; *Cuanto más amigos, más claros*; *Con la verdad, se acrisola la amistad*); se fundamenta en la lealtad y en la confianza mutuas (*En las obras y lealtad, se conoce la amistad*; *Amigo leal, castillo real*; *Ni yerba en el trigo, ni sospecha en el amigo*); no precisa de un trato especial (*Entre amigos y soldados, cumplimientos son excusados*), y está presta para ayudar al amigo, cuyo bien siempre procura (*Al amigo que en apuro está, no mañana, sino ya*; *Es tu amigo el que te quita de ruido*).

La verdadera amistad exige liberalidad (*Entre amigos verdaderos no se miran los dineros*; *La bolsa y la puerta, para los amigos abierta*), por eso: *El amigo que no presta y el cuchillo que no corta, que se pierda poco importa*; pide igualmente imaginación y camaradería (*En el gran aprieto, se conoce el amigo neto*; *En luengos caminos, se conocen los amigos*), y correspondencia (*Amistad que siempre dice "dame", más que amistad parece hambre*; *No es amistad la que siempre pide y nunca da)*. Todo esto, supuesta la triple regla de oro de la relación amistosa: benevolencia, beneficencia y confidencia, que en palabras de Ortega, citadas por Laín Entralgo (1994: 32), hacen de la amistad «la cima del universo». En relación con esta regla aúrea se expresa así el refranero: *Entre amigos, todo pasa*; *Entre amigos de buen cuño, no hay mío ni tuyo*; *Al buen amigo no le encubras secreto, que das causa a perderlo*.

Se ha dicho, con razón, que la amistad se distingue de las distintas formas de amor en que además de elegir sus objetos, como queda dicho, los elige con criterio moral y actúa en relación con ellos también con tal criterio. O sea, que «la amistad es la forma ética del eros» (Alberoni, 1985: 35). Haciéndose eco de esta realidad, el refranero sentencia: *El trigo de buen dar y tomar; el amigo, de buen decir y obrar*; *Sin virtud no hay amistad*.

Siendo la amistad un bien tan excelso, lo más valioso que podemos encontrar en nuestro cotidiano vivir, debe de ser una "rara avis". En efecto, aunque pueda decirse con cierta facilidad que éste o aquél es mi amigo, no siempre se acierta en la apreciación, pues *Amigos todos nos lo llamamos; pero el buen amigo es un mirlo blanco*; *Amigo leal y franco, mirlo blanco*; *Amistad leal y franca, mosca blanca*; *Amigo verdadero, mosca blanca y cisne negro*. Es, además de raro, un bien escaso y que debe ser cuidadosamente seleccionado: *Amigos y libros, pocos y escogidos*; *Amigos, pocos y finos*.

El refranero se muestra poco optimista acerca de la posibilidad de encontrar verdaderos amigos: *Buscando un amigo mi vida pasé; muriendo estoy de viejo y no lo encontré*, y señala que sólo se puede tener una amistad universal, aparente por supuesto, si se está por encima o por debajo de casi

todo: *Amistad de todos y de ninguno, todo es uno*; *Quien de todos es amigo, o es muy pobre o es muy rico*. Incluso llega a firmar que *La amistad y el amor, dos bellas mentiras son*.

Dada su excelencia, no es difícil que puedan surgir falsificaciones o sucedáneos de la amistad, de aquí que Cicerón, en *De amicitia* (Laelius XVII, 62-63), establezca como algo necesario el «poner a prueba» al presunto amigo, cautela que ya había sugerido Aristóteles y que acepta y cristianaiza S. Agustín. Laín (1994: 32) argumenta que es ésta una previsión que hoy podríamos calificar de «burguesa» y sugiere dejarse llevar en esta cuestión por la imaginación y la aventura, dando tiempo al tiempo y permitiendo así que sea la vida misma quien se encargue de certificar los quilates de cada amistad.

El refranero, igual que Cicerón, se muestra partidario de que se pruebe al amigo: *El amigo probado y el melón calado*, puesto que *Amigo sin probación no se sabe si es de oro o de latón* y *Amistad no probada, ni es amistad ni es nada*; aunque apunte, igualmente, los peligros que puede llevar consigo tal probación: *Si amigos tienes, no los pruebes, que los pierdes*, aparte de que lo más probable es que la prueba dé un resultado no querido: *Quien a su amigo prueba, casi siempre saca en claro que no lo era*, con el consiguiente desengaño y sobresalto: *Quien prueba al amigo, del desengaño está vecino*, *Al amigo, cuando lo pruebas, ¡qué chasco te llevas!* El chasco en cuestión suele ser mayúsculo cuando se trata de asuntos relacionados con el dinero, de aquí que el refranero aconseje: *No pruebes a tu amigo en cosas del bolsillo*, y también: *Amigos verdaderos, no hagan trato de aparceros*. Pero, como casi siempre sucede, también desde las máximas de nuestra filosofía popular podríamos justificar esta postura de Laín Entralgo, ya que *Amistad verdadera o fingida, el tiempo la examina* y *Amigo cierto, el probado en el hecho*, porque *En el obrar se prueba la amistad*, las obras cantan, ellas dan testimonio de lo que somos, también aquí. Las circunstancias adversas son la mejor piedra de toque que nos ofrece la vida espontáneamente para certificar la verdadera amistad: *Cuando menester lo has, el falso amigo se te va*, *Amigos y relojes de sol, sin nubes, sí; con nubes no*, y es que: *En la pobreza y el peligro, se conoce el buen amigo*, o lo que es lo mismo: *En la necesidad, se conoce la amistad*.

Igual que sucedía con la elección de los amigos, es preciso ser cautos para no caer en amistades falsas, pues *Melones y amigos, muchos salen pepinos*. Existe una señal externa para conocer a los amigos falsos: *El amigo fingido, conocerle has en el ruido*. Teniendo en cuenta el gran valor que se concede a la amistad, no es extraño que se considere un grave delito el falsearla y que, consiguientemente, la pena que merezca el falsificador sea igualmente grave: *Para el amigo falso, poca pena es el cadalso*.

Un bien tan caro y tan escaso hay que cuidarlo como oro en paño para que no se pierda. El refranero constata que es más difícil, incluso, conservar un amigo que encontrarlo: *Amigo caudal, más fácil de ganar que de conservar*. Si esto es así, será preciso poner los medios para conservar la amistad, a la que hay que recrear cada día, hasta el punto de que el estado propio de la amistad verdadera es el *status nascendi* (Laín, 1994: 30). Para cuidar la amistad, a fin de conservarla, es preciso, entre otras cosas: saber disculpar (*El amigo y el diente, aunque duelen, sufrirlos hasta la muerte*; *Tu amigo conserva, con lo que de malo tenga*); ser prudente (*Peso y medida guardan amistad*); no exigir cuentas por los servicios prestados (*Si a tu amigo dieres una cosa, no le demandes otra*); no abandonar a las antiguas amistades por las nuevas (*No hagas amigos de presto, ni dejes los que hayas hecho*; *Dejar el amigo viejo por el nuevo, no lo apruebo*), ya que *Amistades y tejas, las mejores las más viejas*; basar la amistad sobre la razón y no sobre el mero sentimiento (*Amistades de arrechucho, no duran mucho*), y, sobre todo, no atosigar al amigo, dejándole ser quien es (*El amigo y el caballo no es bien apurallo*), pues no hay que olvidar que si la amistad aproxima a los amigos, cada uno de ellos sigue, debe seguir conservando, su propia identidad, hay que descansar en el corazón del amigo, pero sin abdicar de nuestro ser personal.

Un poco irónicamente, el refranero apunta desde la experiencia que el mucho roce no es beneficioso para la amistad, sentenciando que *Las amistades se conservan más de lejos que de cerca*, y pone de manifiesto, de nuevo, que es mal asunto el que medien dineros entre los que mantienen una relación amistosa: *Si amistades quieres conservar, intereses no han de mediar*.

Diré por fin que, si hay que esforzarse tanto en conservarla, parece obvio que, además de escaso y preciado, la amistad es también un valor frágil, que se pierde fácilmente y que resulta difícil de recomponer: *Amigos reñidos, nunca más buenos amigos*; *Amigo reconciliado, chocolate recalentado*; *Amigo de uno se es una vez, no diez*; *Amigo reconciliado, enemigo doblado*, y otros muchos que no cito, pero que expresan más o menos lo mismo: *Amistad rehecha, siempre vive en sospecha.*

Esta reflexión, a la que vamos a ir poniendo el punto final, podíamos haberla hecho desde la Psicología de la personalidad, por ejemplo, acentuando los aspectos emocionales de la amistad, que nos la hubieran mostrado como «una de las mas complejas funciones emocionales que asienta la percepcion de principios de independencia para la persona, favorece conductas de crecimiento vital, siembra sentimientos de seguridad en sí mismo, ayuda a etiquetar emociones desconocidas, hace surgir una realidad distinta, superior a la suma de las individualidades, porque cada uno creamos y nos recreamos en el amor a nuestros amigos» (Quevedo, 1994: 36). Seguro que hubiéramos podido certificar todo lo dicho desde las máximas del refranero español, que no pocas veces se muestran como un agudo manual de Psicología. Sin embargo, he preferido tomar como guía a los filósofos, constatando, tras este breve recorrido, cómo desde los clásicos hasta hoy apenas ha evolucionado el concepto y la valoración que se tiene de la amistad, habríamos podido llegar a las mismas conclusiones leyendo el *De amicitia* ciceronense que repasando las máximas de nuestra filosofía popular y, por supuesto, leyendo a los filósofos modernos solamente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALBERONI, F. (1985): *La amistad. Aproximación a uno de los más antiguos vínculos humanos*. Barcelona: Gedisa Editorial.

ARIZMENDI, M. (1994): «La amistad en la literatura. Bañar la palabra en corazón», *Crítica*, nº 814, abril 1994, 41-44.

AROSTEGUI, A. (1994): *La conciencia política del pueblo español(un estudio del refranero)*. Madrid: Libertarias/Prodhufi.

LAÍN ENTRALGO, P. (1972): *Sobre la amistad*. Madrid: Revista de Occidente.

--- (1994): «La amistad», *Crítica*, nº 814, abril 1994, 30-33.

MARÍAS, J. (1993): *Mapa del mundo personal*. Madrid: Alianza.

MARTÍNEZ KLEISER, L. (1953=1989[3]): *Refranero general ideológico español*. Edición facsímil, prólogo de J. Calvo Sotelo. Madrid: Hernando.

QUEVEDO, M. P. (1994): «La amistad como emoción», *Crítica*, nº 814, abril 1994, 34-36.